

Barberini, Giovanni, *Le Saint-Siège sujet souverain du droit international*, préface du cardinal Jean-Louis Tauran, Éditions du Cerf, Paris 2003, 236 pp.

Profesor en la Universidad de Perugia, Giovanni Barberini es un experto en la materia que presenta en este nuevo libro. En sus «consideraciones históricas» (pp. 9-20), hace notar que la Santa Sede ha aprovechado la evolución del derecho internacional que se dio en la época moderna, e incluso ha contribuido a esta evolución, por ejemplo al ampliar el concepto de personalidad internacional que se ha abierto a organismos que no son Estados. Después de recordar la aportación de la doctrina, subraya que la cuestión de la personalidad internacional de la Santa Sede es el resultado de acontecimientos políticos a lo largo de los cinco periodos en los que, a estos efectos, se puede dividir la Historia: orígenes de la Iglesia; hasta el s. XIV; del XV al principio del s. XIX; hasta 1929 después de la *debellatio* de los Estados pontificios; la época contemporánea, con la celebración del segundo Concilio Vaticano y la puesta en evidencia de la soberanía espiritual de la Iglesia junto con el abandono progresivo del instrumento concordatario concebido en términos de *actio finium regundorum*, y la aceptación, por parte laica, de la existencia de la Santa Sede según el derecho internacional.

El cap. II estudia «la personalidad internacional de la Santa Sede» (pp. 21-68). Tras recordar las disposiciones codiciales, el autor define la soberanía de la Santa Sede, y subraya que «la soberanía espiritual propia de la Santa Sede es el *substratum* de su personalidad jurídica internacional, haciendo abstracción de

toda posesión territorial». Por ello, esta personalidad presenta su especificidad, ya que la Santa Sede es de naturaleza religiosa, tiene una misión universal y asume un deber humanitario. Pero, al inscribirse en el orden internacional, la Santa Sede actúa conforme a las normas del derecho internacional, no según un derecho «singular» o «especial». La autoridad moral y la imparcialidad de la Santa Sede le permiten intervenir con fuerza. Recuérdesse, a modo de ejemplo, el alcance de los discursos anuales del Romano Pontífice al Cuerpo diplomático, en los que expresa denuncias, críticas y reivindicaciones que no son consideradas como una forma de ingerencia en los asuntos internos de los Estados. Finalmente, el autor se pregunta si la Santa Sede es una potencia, definiendo lo que se entiende con este término, y recuerda la creciente presencia de la Santa Sede en las discusiones internacionales, en base a las Convenciones de Viena (de 1961, 1963, 1969, 1975 y 1978).

A continuación, pasa al «Tratado de Letrán de 1929» (pp. 69-85): finalidad del Tratado, sus contenidos en cuanto a las garantías políticas y jurídicas generales, y las garantías personales y reales por parte del Estado italiano, los compromisos de la Santa Sede y la normativa para las relaciones mutuas. Con el Tratado se constituye el Estado de la Ciudad del Vaticano como instrumento apto para dar visibilidad a la independencia de la Santa Sede respecto del Estado italiano y asegurar al papa el poder presentarse con toda libertad no solamente como soberano temporal sino también como jefe de la Iglesia católica. El prof. Barberini presenta la organización y el ordenamiento jurídico del Estado, y luego el estatuto internacional del Estado de la

Ciudad del Vaticano: relaciones entre Italia y el Estado, del Estado del Vaticano con los demás países, el Estado del Vaticano como Estado neutralizado, el *ius contrahendi* ejercitado por la Santa Sede en el interés del Estado del Vaticano, y la participación del Estado en las organizaciones internacionales.

En el capítulo siguiente presenta «los intereses de la Santa Sede» (pp. 87-123). La Santa Sede actúa como sujeto que quiere defender sus intereses específicos así como los intereses generales de la comunidad internacional considerados desde el ángulo humanitario, moral y espiritual. No consigue siempre esta meta, pero su fracaso no provoca ninguna crisis en sus relaciones. La norma canónica deja entender que la Santa Sede tiene el deber de actuar a favor de la dignidad y del interés espiritual de la persona humana. Las principales fuentes que permiten conocer los intereses en cuestión son la const. past. *Gaudium et spes* y otros documentos conciliares, los documentos de las Jornadas mundiales por la Paz, y los discursos del papa al Cuerpo diplomático y a los representantes de los gobiernos. Entre estos intereses figuran intereses religiosos de importancia política. Basta pensar en la posición de la Santa Sede respecto al estatuto de Jerusalén y de los Lugares Santos, en las Conferencias internacionales del Cairo o de Pekín, en el proceso de unificación de Europa, etc. Por supuesto, otros temas merecen un tratamiento aparte: primero los conflictos en el mundo y la política de la paz: la idea de la paz es una exigencia de la familia humana y no es posible quedarse satisfecho con un «silencio de las armas»; el respeto de los derechos del hombre, ya con Juan XXIII y Pablo VI, haciendo el actual Pontífice de la consi-

deración del respeto de los derechos humanos y de las libertades fundamentales un elemento esencial de la política internacional; la protección de la libertad religiosa, que ocupa un lugar importante en la actividad diplomática de la Santa Sede; el problema de la guerra, la cuestión del derecho/deber de injerencia humanitaria y las intervenciones por urgencia humanitaria, tema que da lugar a amplios e muy interesantes desarrollos del autor, que afirma, a modo de conclusión, que la actual orientación de la Iglesia católica, y en especial de su jefe, parece ser absolutamente contraria al uso de la fuerza militar en las relaciones internacionales y a todo tipo de guerra.

El cap. V es una presentación de la diplomacia pontificia (pp. 125-159). Después de un recuerdo histórico, el autor sienta el fundamento teológico de la representación diplomática de la Santa Sede, expone el derecho de legación del Romano Pontífice, para llegar a la siguiente definición de las actividades diplomáticas de la Santa Sede: «el conjunto de los comportamientos que están ante todo, conforme a las reglas del derecho canónico, al servicio de las Iglesias particulares y cuyos fines apuntan a garantizar y proteger el libre ejercicio de la actividad de la Iglesia católica; además, conforme a las normas propias del derecho internacional, dan testimonio ante las autoridades políticas de sus fines pacíficos, asumen las relaciones bilaterales de la Santa Sede con los Estados y ponen de manifiesto, en el nivel bilateral y con las organizaciones internacionales, el compromiso de la Iglesia católica en favorecer el progreso moral y civil de los pueblos y las buenas relaciones entre los Estados» (p. 138). Los siguientes puntos tratados son el oficio diplomático, los

agentes diplomáticos del Romano Pontífice y, en detalle, el ejercicio de las funciones de los representantes pontificios y sus relaciones tanto con las Iglesias particulares como con los Estados. En unas observaciones conclusivas, el autor anota que en los sistemas democráticos contemporáneos, la libertad de la Iglesia local en buena parte no depende de la salvaguardia y protección que el Romano Pontífice y la Santa Sede pueden asegurar. El ejercicio de las libertades que reivindica la Iglesia local pueden desprenderse antes de nada de la organización del Estado que tiene que garantizar los derechos y libertades, sin considerarlos como un privilegio. Por otra parte, quizá convenga redefinir el papel del representante pontificio para que se aproxime más a la eclesiología y la doctrina del Vaticano II respecto de la definición del episcopado.

«La Santa Sede en la comunidad internacional» (pp. 161-194) permite tratar los siguientes puntos, en parte con una fuerte dimensión histórica: relaciones diplomáticas, actividad de negociación bilateral, el *ius contrahendi* a nivel internacional multilateral, acción de mediación y arbitraje, la Santa Sede y las organizaciones internacionales, el papel religioso y político de la Santa Sede y del Romano Pontífice. «En el concierto de las relaciones internacionales, ningún Estado está dispuesto a aceptar el deber de recibir lecciones de otro Estado; a lo sumo, sufre su doctrina política o su hegemonía. Al contrario, es interesante notar que la mayoría de los Estados respetan el magisterio de la Santa Sede, tanto más cuanto éste ya no aparece como el ejercicio de una supremacía» (p. 193). Añade el autor que es en las relaciones con el islam y los Estados islámi-

cos donde la Santa Sede da las muestras más claras de previsión.

El último cap. está dedicado a «la Santa Sede, las naciones europeas y la Unión europea» (pp. 195-219). Empieza el autor por definir las nociones de Nación, interés nacional y nacionalismo, antes de pasar a las relaciones entre la Iglesia católica, los Estados-Naciones y los intereses nacionales. Destaca cómo el impulso misional ha contribuido a acrecentar la fuerza de la Iglesia. Ante el riesgo de la creación *de facto* en Europa de Iglesias nacionales, la Iglesia ha sabido utilizar la política concordataria, negociando directamente con los soberanos y los responsables políticos. Esta política ha podido mortificar a las Iglesias locales, en especial de los países detrás del telón de acero desde los años 1960. El profesor Barberini expone luego la idea de Nación en el magisterio de Juan Pablo II, y pasa a presentar las relaciones de la Santa Sede con las Iglesias particulares primero, luego con la Unión europea. En este último supuesto, cabe señalar dos acontecimientos: la declaración n. 11 adoptada por el Tratado de Ámsterdam en 1998, y el texto de la Carta de derechos humanos de la Unión europea de 2000 en la que no figura el reconocimiento jurídico, pedido por la Santa Sede, para los cultos y las comunidades religiosas. El autor hace notar que la situación de igualdad jurídica reconocida a las Iglesias y comunidades religiosas y a las demás organizaciones y asociaciones hace que la especificidad reconocida a la contribución de las instituciones religiosas ha de entenderse en el marco del principio de una democracia participativa que prevea el diálogo entre las instituciones de la Unión y las asociaciones representativas y la sociedad civil. Se trata

por tanto de una «especificidad» reducida. El autor es del parecer que la Santa Sede se ha dado cuenta de que ya no bastará contar con la atención prestada a los intereses de las Iglesias particulares presentes en los Estados, sino que tendrá que proponer un modelo de relaciones con la Unión en cuanto tal, en un contexto jurídico e institucional nuevo y complejo, que no parece serle muy favorable.

DOMINIQUE LE TOURNEAU

Bueno Salinas, Santiago - Gutiérrez del Moral, M.^a Jesús, *Proselitismo religioso y Derecho*, Editorial Comares, Granada 2002, 315 pp.

El anuncio religioso está en la raíz de todas las grandes confesiones; se puede rastrear con facilidad su huella en la historia, y hoy no ha decaído en absoluto: las sociedades occidentales asisten a la efervescente actividad evangelizadora de grupúsculos religiosos de reciente implantación, mientras la obra misional de occidente se vuelca todavía de forma principal en los continentes americano y africano. Junto a esto, despierta un creciente interés en nuestra sociedad la actividad del islam, chocante para nuestra tradición y polémica para nuestro Derecho. Todos estos temas, y bastantes más, son tratados en el libro de Santiago Bueno y M.^a Jesús Gutiérrez, con gran claridad y didactismo.

No puede empezar esta obra con algo más básico que la distinción entre el sentido original del término proselitismo —anuncio— y el que se le atribuye con más frecuencia hoy en día, que tiene una carga negativa y al que los autores han llamado «abusivo». A partir de esta premisa, hemos distinguido dos partes bas-

tante diferenciadas en el libro: una primera dedicada a examinar la regulación interna de las iglesias y confesiones sobre su propia expansión (capítulo II); y otra en la que los autores contemplan el anuncio religioso desde la perspectiva de las sociedades civiles, concretando finalmente la regulación que respecto al proselitismo se contiene en el ordenamiento español (capítulos III y IV).

En la primera parte merecen la atención de los autores sobre todo las tres grandes religiones monoteístas —cristianismo, judaísmo e islam—. El análisis que se hace del anuncio religioso en estas religiones une los aspectos dogmáticos y los históricos, ofreciendo así una visión muy clara y completa de los rasgos que caracterizan el proselitismo en cada una de ellas, al tiempo que las distinguen entre sí. Junto a esto, los nuevos movimientos religiosos son también analizados, en virtud de la actualidad de ese proselitismo, por algunos llamado sectario, en breves pero sustanciosas páginas.

En esta primera parte resultan de especial interés las referencias a la *jihad* y las reflexiones en torno al fundamentalismo. Sin caer en el oportunismo, los autores exponen su opinión sobre asuntos que preocupan mucho a día de hoy, lo que demuestra que los grandes temas no tienen fecha de caducidad, y que la asociación de religión y violencia tiene hondas raíces que conviene conocer para afrontar problemas ahora candentes. El recuerdo de las palabras de Juan Pablo II, «la fe se propone, no se impone», condensa la vigencia del problema y de la solución que siempre ha latido en el seno de la Iglesia católica.

Quizá se podría haber insistido algo más en algunos matices que resultan im-